

RECENSIÓN

Ryan Avent: *La riqueza de los humanos*; ed. Ariel, Barcelona, 2017, ISBN: 978-84-344-2541-5.

Ryan Avent, redactor económico de *The Economist*, se graduó en Economía en la Universidad de Carolina del Norte, especializándose después en Historia Económica por la London School of Economics. Fue asesor del ministro de Trabajo de Estados Unidos.

Su ágil, agudo y cercano periodismo económico ha cristalizado en interesantes artículos publicados en *The New York Times*, *The Washington Post* y *The Guardian*.

En *La riqueza de los humanos*, Avent da el contrapunto a *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, en el sentido de presentar la riqueza humana como un producto social en el que el factor trabajo, en lugar del papel de los patronos, cobra especial relevancia, sobre todo el trabajo más cualificado, tecnológicamente hablando.

Merece la pena intentar sintetizar el contenido de una obra que es rica, compleja y, a veces, deslavazada, ya que la traducción es mejorable y el sesgo periodístico se aprecia en todo momento.

Avent viene a decir que la revolución digital —manifestación actual de la Revolución Industrial, caracterizada por la automatización, la globalización y el enorme aumento de la productividad de algunos profesionales muy cualificados— está, paradójicamente, incrementando la riqueza y, a la vez, generando un exceso de trabajadores en general y trabajadores poco cualificados en particular, que los coloca en una situación de prescindibilidad de la que ya nos hablaba Ulrich Beck.

La revolución digital —cuyas innovaciones no han tardado tanto en asimilarse y ponerse a prueba como, por ejemplo, las relacionadas con la electricidad y el automóvil—, ha calado con rapidez en una nueva generación, en especial de ingenieros y matemáticos que programan *software*, que se ha vuelto mucho más productiva, pero que ha desplazado o amenaza con desplazar trabajos como los de chofer, secretaria, telefonista, fotógrafo, agente de viajes, periodista, profesor universitario exclusivamente presencial, etc., además de poner en jaque empleos cautivos del servicio que prestan y que no pueden, por ahora, multiplicarse, como los peluqueros, que no pueden cortar el pelo a ocho clientes a la vez, o los camareros, que no pueden pasar de atender seis mesas a la hora a seiscientas.

Tal vez, los trabajadores que mejor resistan en procesos productivos antiguos sean los anclados en cadenas de montaje basadas en la cadena de «desmontaje» del matadero de Chicago y al estilo de Ford, McDonald's o la versión dinámica de Toyota.

Otra veta provisional de trabajo masivo relativamente poco cualificado —nos recuerda Avent— es el *fracking* o las empresas de recados como TaskRabbit, que viven de hacerles recados de todo tipo y a un precio muy bajo a personas muy ocupadas.

La primera consecuencia de la revolución digital es la prosperidad ilimitada de quienes se desenvuelven en ella de un modo adecuado, pero la segunda y más importante es la abundancia de trabajadores y el trabajo excedente. Esto no es trivial, ya que el trabajo es una institución social que constituye valores culturales relacionados con la prosperidad, presta servicios vitales para la comunidad —por ser un medio importante para obtener recursos que permitan la subsistencia propia y de la familia— y es una de las principales señas de identidad e integración social de las personas.

La abundancia de este factor de producción hace prescindibles a muchas de ellas y, al sobrar, su precio (su sueldo) baja de manera considerable y conduce a que haya masas de trabajadores alienados, explotados y hacinados cuyo futuro es el desempleo crónico, difícil de reencauzar dada la innovación tecnológica permanente —que permite que una persona cualificada haga el trabajo de cinco empleados— y la hiperglobalización, que puede deslocalizar inversiones e incorporar inmigrantes a los nuevos procesos productivos.

Ante esta situación, los trabajadores desplazados por prescindibles solo tienen cuatro opciones: aumentar su cualificación, aceptar sueldos más bajos, emigrar o aceptar una renta básica con cargo a presupuestos, de forma que puedan mantener a sus familias y participar en el ciclo del consumo, a fin de evitar la recesión a la que suele conducir el hiperahorro subsiguiente a las crisis económicas, como la padecida desde 2008 a escala planetaria.

La alternativa del movimiento de población y la deslocalización es clara: los filipinos emigran a Estados Unidos porque en su país la renta familiar disponible es de 7 500 dólares al año, y en Estados Unidos la renta media disponible de una familia filipina es de 75 000 dólares al año. El caso de los mexicanos que quieren cruzar el río Grande o el de los marroquíes que quieren saltar la brecha social de Gibraltar es el mismo, ya que no hay ninguna política de empleo local tan lucrativa en un país subdesarrollado como emigrar y tener acceso al mercado de un país desarrollado.

Sin embargo, los inmigrantes, como explica con claridad Alejandro Portes, no son huéspedes que abusan de la hospitalidad de sus anfitriones; son agentes activos y positivos para la economía de los países de origen —exportando divisas e importando productos y servicios— y para los países de acogida, donde los inmigrantes no solo parti-

cipan de la economía informal, sino que también crean enclaves étnicos dando trabajo a sus paisanos y convirtiéndose con frecuencia en intermediarios entre unas minorías étnicas y otras, y de ellas con la población autóctona.

Por lo que se refiere a la deslocalización, Apple, Inditex o Adidas conservan para sí la cultura corporativa y la mayor parte de los beneficios, aunque casi todos los componentes de sus productos se fabriquen en Asia al coste que tiene allí el factor de producción trabajo.

El efecto secundario no deseado de la revolución digital es la desigualdad entre unos puestos de trabajo y otros, entre unas carreras y otras, entre unas ciudades y otras, entre unos países y otros. La causa de dicha desigualdad no es la propiedad de los medios de producción, sino el conocimiento del procedimiento de producción de más conocimientos, como señalaba Castells en la Sociedad de la Información. El mundo rico, como subraya Avent, es un club reducido donde habitan en torno a mil millones de personas, el 15% de la población mundial, pero que dispone de la mitad de la riqueza de la tierra.

Los países pobres no solo son pobres porque no dispongan de capital para financiar su industrialización o carezcan de capital humano adecuadamente formado de manera técnica y comercial, sino que son pobres porque padecen una cultura y una estructura social que devalúa su escaso capital social y no soporta la presión competitiva de los países ricos, para quienes solo son fuente de materias primas y de consumidores potenciales de los productos que ellos manufacturan.

Los países prósperos son aquellos que disponen de instituciones sólidas y estrategias institucionales a largo plazo, que disfrutan de una cultura y una estructura social en la que las empresas cuentan con un capital tecnológico innovador, unas infraestructuras funcionales, una financiación barata, un capital humano bien formado y, sobre todo, una cultura corporativa, la parte blanda de las organizaciones de la que hablaban Peters y Waterman en busca de la excelencia, acompañada por un rico capital social, con su red de relaciones comerciales e institucionales, un saber hacer corporativo difundido y compartido y una imagen corporativa prestigiosa que sustenta, de manera inmaterial pero productiva, un valioso fondo de comercio.

En esta tesitura, Avent recuerda las estrategias que se han utilizado por tradición para aumentar la escasez de trabajadores y, así, mantener o subir los sueldos: discriminar a las mujeres, marginar a los inmigrantes, ignorar a las personas con discapacidad, corporativizar las profesiones, sindicalizar la actividad laboral, establecer barreras arancelarias y medioambientales a la importación, etc. Sin embargo, estas políticas ralentizan, pero no eliminan, los procesos tecnológicos y de globalización que llevan a la abundancia de trabajadores, algunos de ellos prescindibles, por lo que los nuevos ricos tendrán, de modo necesario, que afrontar tanto los costes de un incremento significativo

del salario mínimo con cargo a beneficios como la generalización de una renta básica con cargo a impuestos.

En efecto, la apuesta de Avent es la de la renta básica universal con cargo a presupuestos, incluso para una masa de trabajadores grande y duradera, compensada con un salario mínimo más elevado para los trabajadores más productivos acompañado de una política de vivienda que evite que el salario real sea la mitad del salario nominal como consecuencia de los elevadísimos precios de las viviendas, en especial en las áreas tecnológicamente más desarrolladas y prósperas.

El objetivo de la renta básica universal y la elevación del salario mínimo es el de evitar el pesimismo endémico de las sociedades desarrolladas y sobreponerse a la debilidad crónica de la demanda, ya que ante cualquier crisis, los consumidores ahorran de forma desproporcionada, contraen el gasto, disminuyen el consumo y paralizan la fabricación y distribución, con lo que aumenta el desempleo y el pesimismo se convierte en la profecía que se cumple a sí misma, generando algo peor que la inflación: la recesión.

Como termina señalando el propio Avent: «La riqueza humana depende de nuestra capacidad de producir bienes y servicios de valor [...] La riqueza de los humanos es social [...] La redistribución de la riqueza de un modo u otro es la única manera de que las rentas de los trabajadores menos productivos se mantengan al ritmo del crecimiento de la producción media por persona [...] Los trabajadores menos productivos tienen derecho a la redistribución de la riqueza, tanto porque el desequilibrio afrenta a nuestro sentido de la justicia [...] Como porque todos los miembros de la sociedad contribuyen, de modos que no siempre resultan perceptibles, a su sostenibilidad» (p. 322 y ss.).

De alguna manera, la utopía de la sociedad del ocio empieza a materializarse: las fronteras se difuminarán y los trabajadores más laboriosos y mejor formados aportarán un montante muy significativo para el mantenimiento del conjunto de la población, que, por su parte, repartirá el trabajo con un salario mínimo generalmente más alto o dispondrá de ocio generalizado, sobreviviendo con una renta básica digna, en contraprestación por asistir a procesos formativos o por prestar servicios sociales circunstanciales.

Julio Bordas Martínez